

Crónica
de Córdoba,
y sus Pueblos

XX



Córdoba, 2016

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

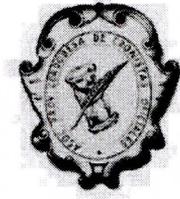
Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XX

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2016



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales
Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XX

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba. Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Ermita de Nuestra Señora de Guía a mediados del siglo XX

I.S.B.N.: 978-84-8154-531-9

Depósito Legal: CO-1674-2016

LA TRILOGÍA ANDALUZA DE LÓPEZ ANDRADA (2004-2009) Y LOS PILARES DE UN MUNDO RURAL

Manuel Galeote

Cronista Oficial de Iznájar

La trilogía compuesta por *El viento derruido* (2004), *Los años de la niebla* (2005) y *El óxido del cielo* (2009) de Alejandro López Andrada, en adelante citado ALA, es la versión literaria del deslumbramiento lírico que experimenta el escritor ante un espacio y un tiempo histórico: Los Pedroches antes de la desaparición del mundo rural, devorado por la mecanización. Téngase en cuenta que el resplandor o el fulgor no es algo externo, sino inherente, consustancial y que irradia de la propia sustancia, de los propios hilos con que se ha urdido la trama narrativa. Los materiales lingüístico-literarios son andaluces y cordobeses de raíz. Con ellos el autor ha tejido la estampa, casi un tapiz, del crepúsculo de un mundo, cuyos pilares quedan al descubierto, cuando López Andrada los disecciona:

Era un mundo rural que vivía en comunión con la naturaleza y con los ciclos del año. El dinero era escaso y la gente compartía lo poco que tenía. Toda esa cultura desapareció con la mecanización del campo. El escritor Alejandro López Andrada (Villanueva del Duque, Córdoba, 1957) ha convertido ese mundo rural de su tierra natal en el eje de *El óxido del cielo* (Santiago Belausteguigoitia, *El País de Andalucía*, 3 de julio de 2009).

El propio novelista confesaba su proyecto poético al periodista que realizaba la crítica en el año 2009: Ahora soy el notario de un universo clausurado. Hablaré, por tanto, de un mundo que existió, un mundo perdido, anclado en unos años que el progreso lamíó con su lengua descarnada.

La trilogía de Los Pedroches novela la transición de la agricultura tradicional o ecológica a la mecanización agrícola de nuestro tiempo. Entonces se extinguió aquel mundo rural, allá por “la segunda mitad de los años sesenta” (A. López Andrada, *El País*, loc. cit.).

Pedro M. Domene ha caracterizado estas novelas publicadas durante un lustro como una “especie de trilogía de la tierra”. Permítasenos añadir que es la trilogía de la tierra cordobesa y andaluza, de Los Pedroches. Para Domene con *El óxido del cielo* hace cuatro años que LA cerró “su visión de los hombres y de las mujeres que durante años conformaron la intrahistoria de una España deprimida que en la década de los 70 empezaba a despertar”. Con la entrega de *Los años de la niebla* (2005) “intentaba romper la bruma de la historia para recuperar los días antiguos” (“Los orígenes”,

Cuadernos del Sur, 27 de junio de 2009, pág. 6).

Estas tres novelas nos produjeron desde el primer momento una ceguera similar al “deslumbramiento lírico” que López Andrada detectó en *La novela de la memoria* (2010) de José Manuel Caballero Bonald (*vid.* “La luz de las terrazas”, *Cuadernos del Sur*, 1 de mayo de 2010, pág. 6). López Andrada definía allí a Caballero Bonald como un “artesano de la palabra” (“La llave de la luz”, *Cuadernos del Sur*, 7 de noviembre de 2009, pág. 3). En efecto, el escritor cordobés se nos muestra como hábil urdidor en el telar narrativo del novelista. Por los mismos años en que ultima su trilogía, López Andrada se fija en la “tersura” y “la altura estética” del lenguaje en una novela de Calvo Poyato (“Una flecha en la noche”, *Cuadernos del Sur*, 28 de noviembre de 2009, pág. 6). De este modo, los comentarios críticos que el novelista ha proyectado en sus contemporáneos iluminan los recovecos propios de su estilo, de su personalidad literaria y de su ambiciosa trilogía, que está esperando una publicación de las tres novelas reunidas, en un estuche, al estilo de lo que hizo, por ejemplo, Campos Reina con su *Trilogía del Renacimiento* (2003).

En la última entrega (2009), el novelista de Los Pedroches reconocía su pertenencia “a un mundo rural que ya no existe y, aún así, persevero e indago en sus raíces con la idea de hallar las costras de su herida, las cicatrices borrosas de su alma”, *El óxido del cielo* (2009). Pero en todo el conjunto literario el novelista ha recurrido a las más variadas estrategias lingüísticas para narrar la transición de una etapa en la historia de la Andalucía tardofeudal o precapitalista (tal vez pre-consumista): fue el tiempo de la llegada de la mecanización. A los bueyes y caballerías los sustituyeron los caballos de vapor de los tractores y demás máquinas agrícolas, que libraron a los campesinos de la esclavitud de siglos, que dependían de la tracción animal para cultivar las tierras. Un mundo rural ancestral empezaba a ser devorado por la niebla del tiempo, por el óxido de la historia, y se llevaba al olvido una lengua, una modalidad lingüística, una forma de hablar con sus peculiaridades, giros, palabras e interjecciones:

“Yo aprendí (...) el lenguaje secreto que comunica a los pastores con una cultura rural ancestral y mítica que hunde sus raíces en la Madre Naturaleza y se nutre de ella y, gracias a ella, sigue viva, perpetuándose así a través del tiempo” (Capítulo “Los días del verano”, de *El viento derruido*).

Creemos que no hay otro escritor andaluz, al menos en lo que alcanzan nuestros conocimientos, que se haya atrevido a convertir en ficción narrativa la realidad histórica que, los que tenemos medio siglo de vida a nuestras espaldas, hemos vivido en primera persona, como Alejandro López Andrada. A nuestro juicio, su iniciativa no tiene paralelismo alguno en la panorámica literaria actual. Nadie había emprendido la minuciosa tarea de novelar esta coyuntura andaluza (que puede tener concomitancias con lo sucedido en otras regiones y comarcas del resto de la nación). De manera que, con su buen oficio de orfebre de la palabra, de forjador de imágenes, de alquimista ajeno al desaliento, de protagonista de la historia de una Andalucía que ya no existe; López Andrada se arrojó al remolino de las aguas en el estrecho canal que separan Escila y Caribdis para elaborar una trilogía que solo alguien como él podía erigir como monumento de vida y como triunfo glorioso.

De esta manera, sin renunciar a ninguno de los recursos lingüísticos más variados (del nivel fonético-fonológico, morfológico, sintáctico, léxico, pragmático-textual, etc.), el autor de Los Pedroches emprendió la travesía de pergeñar tres novelas que son una sola y la misma: la banda sonora y coloreada de una película muda y en blanco y negro. Alejandro López Andrada ha puesto guión, melodía y colorido a unos

olvidados rollos de celuloide que radiografiaban la realidad más real de un mundo fronterizo, extinguido. En su comarca, esto es, El Valle de Los Pedroches, ha vivido en la frontera entre el tardofeudalismo y el *ni-siquiera-incipiente preconsumismo*. Es un novelista de la frontera, un novelista que ha vivido y conoce en sus propias carnes esa línea que describió J. Luis Sampedro en su *Discurso de Ingreso* en la RAE (*Desde la frontera*, 2 de junio de 1991, www.rae.es). Aquel mundo fronterizo, aquella Andalucía rural, tradicional, campesina, sin industrias ni comercio, que se extinguió paulatinamente y que dio paso a una “agricultura ecológica”, revive en la trilogía de López Andrada y conserva más sabiduría, autenticidad y resplendor voluptuoso que el mundo científico, digital y veloz que nos deslumbra con sus latigazos. ¿Y si abandonáramos el cosmos perfecto (digital, sin dudarlo, aséptico, frío, inhumano, pixelado) por otro cargado de imperfección (ese territorio mítico del novelista) pero real, vivo, humilde y humano con sus limitaciones pero humano, armónico, sereno, solemne y voluptuoso?

En efecto, al reseñar una obra de Caballero Bonald hace tres años, López Andrada sentía que “los recuerdos son llaves de luz que nos conectan a la música y a la textura de un pasado” (*El zaguán*: “Los imperiales”, *Cuadernos del Sur*, 5 de junio de 2010, pág. 2). Asimismo, en 2012 (a propósito de *Entreguerras*, 2012, de Caballero Bonald), rastreaba en el escritor jerezano su propia praxis literaria: Caballero Bonald introduce “la claridad, la bombilla del tiempo que él ha habitado intensamente” (“Las grietas del recuerdo”, *Cuadernos del Sur*, 11 de febrero de 2012, pág. 6).

Allí hallamos doblemente verbalizado por el propio escritor su brillante proyecto poético. En sus columnas de *Cuadernos del Sur* se lamentaba de aquellos andaluces, más jóvenes, o de los forasteros o de los espectadores, de los turistas urbanos, especialmente el hombre “posmoderno”: jamás conseguirá ninguno emocionarse ni “sentir lo que no ha vivido nunca (...) En Villanueva del Duque hace unos días la gente venida de lejos paseaba por los bellos rincones con un respeto extraño. Miraban sin prisa los objetos antiguos, agrarios, pero no podían percibir la densidad, la mágica esencia que estos contenían. (*El zaguán*: “Feria rural”, *Cuadernos del Sur*, 19 de junio de 2010, pág. 2).

Para José Luis Rey, López Andrada revive “la memoria de todo un pueblo (...) gracias a la fe en la palabra y a la necesidad de hallar sentido, mediante esa palabra, a tanto tiempo de dolor y abandono” (José Luis Rey, “El perdón y la luz”, *Cuadernos del Sur*, 30 de abril de 2011, pág. 6).

Convencido de la necesidad de ser notario de un tiempo de “frontera”, de un tránsito entre dos momentos históricos, Alejandro huye de novelar urbes “fascinantes, de alto prestigio estético y moderno, tales como Dublín, Roma, Praga o Nueva York”. Lo mismo que Julio Llamazares, López Andrada huye “de modas oportunistas, de fatuos papanatismos literarios, ambienta sus libros, sus novelas y sus relatos en ciudades pequeñas, en pueblos minúsculos o en rincones olvidados del territorio nacional. No tiene que huir, ni avergonzarse como otros (...), del paisaje en que nació o de tierras cercanas, (“Un puñado de sombras”, *Cuadernos del Sur*, 25 de junio de 2011, pág. 9). De nuevo, López Andrada escribe y descubre en otros escritores las esquinas luminosas, las aristas y los destellos de su propio proyecto artístico: combatir con la memoria escrita, con la trilogía narrativa, ese “capitalismo fascista [que] nos arrea, [que] nos conduce en la noche como a un rebaño sin espíritu” (*El zaguán*: “La luz muerta”, *Cuadernos del Sur*, 4 de febrero de 2012, pág. 2).

Por tanto, entre Caballero Bonald y Llamazares, López Andrada ha forjado su propio ámbito histórico-mítico-narrativo-literario, cuyas estrategias lingüísticas merecen ser desmenuzadas con la calma y la minuciosidad que no nos permiten estas páginas de que aquí disponemos.

López Andrada ha reconstruido en su trilogía el esplendor del viejo celuloide cuarteado y polvoriento (al estilo de aquellas *Escenas de cine mudo*, 1994, de Llamazares), con la colaboración del lector que reconoce voces, ecos, frases, figuras, momentos y fantasmas de una Andalucía que usaba unas herramientas que hoy se han convertido en huéspedes de los Museos de Aperos o en blasones de las casas restauradas para el turismo rural, reconvertidas en *plató* televisivo, casi en un *photocall* para que los turistas urbanos puedan fotografiarse sobre un fondo de agricultura tradicional ecológica y sana. López Andrada ha puesto color, melodía y voz humana de protagonistas históricos que de otra manera hubieran quedado convertidos en fantasmas errantes por las calles desiertas, las veredas vacías, sin burdéganos, mulos ni caballerías de ningún tipo.

No ha escatimado el novelista y poeta de Los Pedroches ni recursos ni estrategias lingüísticas (no hay manera de suministrar aquí ejemplos desmenuzados). López Andrada ha revivido el paisaje dormido que es el pasado, su pasado, nuestro pasado cordobés y andaluz. Al estilo de esos fotogramas en sepia en los que los personajes congelados en el tiempo en blanco y negro se ponen en movimiento y empiezan a contarnos (¡Cuéntame, amigo Alejandro, cuéntame cómo pasó!) el palpitar de la sangre por la venas de unos andaluces que ahora son inmortales, porque están vivos en las páginas de la trilogía, porque han revivido gracias a la orfebrería lingüística y a la lubricidad sintáctica y suprasintáctica, textual, del autor que se desvela por nombrar con sus propias palabras y sus propios nombres lo que la intrahistoria del norte de Córdoba y de toda Andalucía iba a desaparecer hundido en el lecho más oscuro de la Historia con mayúsculas. López Andrada ha reflatado un mundo y su propio tiempo, con sus propios huéspedes.

Al igual que Delibes, en *Castilla habla*, el novelista nos ha ofrecido una trilogía por cuyos renglones resuella y habla Córdoba entera, emergiendo de las galerías del olvido. El resultado es deslumbrador y deslumbrante, “todo lo que era sólido”¹ se había licuado y López Andrada lo ha embotellado en vidrio de colores, ha sido capaz de urdir una vidriera espléndida y monumental de la Andalucía rural precapitalista, agonizante, elegíaca, irrecuperable. El novelista puede estar satisfecho de haber erigido una trilogía impecable, una trilogía para la historia, cuya segunda edición, reunida, esperamos con gozo.

BIBLIOGRAFÍA

- Delibes, M. (1986): *Castilla habla*, Destino, Barcelona.
- Domene, Pedro M. (2009): “Los orígenes”, *Cuadernos del Sur (CdS)*, 2009.06.27, pág. 6.
- Faílde, Domingo F. (2005): “López Andrada: la herrumbre y el resplandor”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 541-542, págs. 285-290.
- López Andrada, A. (2009): “La llave de la luz”, *CdS*, 2009.11.7, pág. 3.
- López Andrada, A. (2010): *El zaguán*: “Feria rural”, *CdS*, 2010.06.19, pág. 2

¹ Véase Antonio Muñoz Molina, *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Seix Barral, 2013.

- López Andrada, A. (2010): “La luz de las terrazas”, *CdS*, 2010.05.01, pág. 6.
López Andrada, A. (2010): *El zaguán*: “Los imperiales”, *CdS*, 2010.06.05, pág. 2.
López Andrada, A. (2011): “Un puñado de sombras”, *CdS*, 2011.06.25, pág. 9
López Andrada, A. (2012): *El zaguán*: “La luz muerta”, *CdS*, 2012.02.04, pág. 2.
López Andrada, A. (2012): “Las grietas del recuerdo”, *CdS*, 2012.02.11, pág. 6.
Llamazares, Julio (1994): *Escenas de cine mudo*, Madrid, Alfaguara.
Rey, José Luis (2011): “El perdón y la luz”, *CdS*, 2011.04.30, pág. 6.
Sampedro, J.L. (1991): *Desde la frontera*, Discurso de ingreso en la RAE, 2 de junio de 1991, www.rae.es.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

